

o, por último, exhiben combinaciones intercaladas de dobles puntas con filos hojiformes. La rodela era, pues, la parte más consistente, de una solidez a toda prueba. Llevaba el cuerpo horadado de banda a banda para así poder permitir la inserción del mango. Además de la piedra –duro granito andino– se empleó el cobre como materia prima para su manufactura.

El mango era todo de madera y llevaba el extremo opuesto (el de su inserción) afilado para poder servirse de él a manera de lanza, y de un largo que facilitaba su manejo. Su extremo de inserción terminaba, en la generalidad de casos, en puntas cónicas o en cabezas de seres humanos o felinos primorosamente labrados. Para este artefacto se usaron maderas muy consistentes, y probablemente fue muy empleado el algarrobo.

Las amarras, cuya técnica estaba encaminada a procurar un máximo de adherencia de la rodela al mango, consistían en unas cuerdas de extraordinaria resistencia. Algunas mazas aparecen dentro de la pictografía, y aun en la plástica, sin trazas de amarras. Quizás conocieron los mochicas un sistema de acoplamiento fijo, hecho sobre la base de cuñas, lo cual excluía el uso de toda amarra.

No estuvo ausente en la manufactura de estas armas el espíritu artístico del pueblo cuya vida reconstruimos.

Una serie de talladuras las ornamentaban bellamente. Las rodelas, en muchos casos, eran sustituidas por cabezas de seres humanos excelentemente talladas, o bien por cabezas de felinos que adoptaban la actitud con la que el mochica reproduce a este animal mítico en la mayoría de sus vasos escultóricos.

En las luchas de cuerpo a cuerpo, las mazas jugaban un rol decisivo: con la parte superior, el combatiente paraba los golpes de maza del enemigo, para luego atacar con golpes sobre la frente, al costado, para concluir rematando al rival con una especie de estocada con el extremo del arma, parecido a la contera.

Estólicas

Fueron sencillas armas de propulsión (Figs. Nos. 241 y 242). En el valle de Santa hemos encontrado magníficas estólicas de algarrobo, que son verdaderos paradigmas de talladura en madera. Por ellas es que se puede estimar que el guerrero mochica aplicaba su espíritu artístico para la confección de sus armas. Talladas primorosamente, se las adornaba con incrustaciones de hueso, concha de perla y metal, que adherían a la madera por medio de materias primas resinosas.

Las estólicas constan de tres partes: la vara o

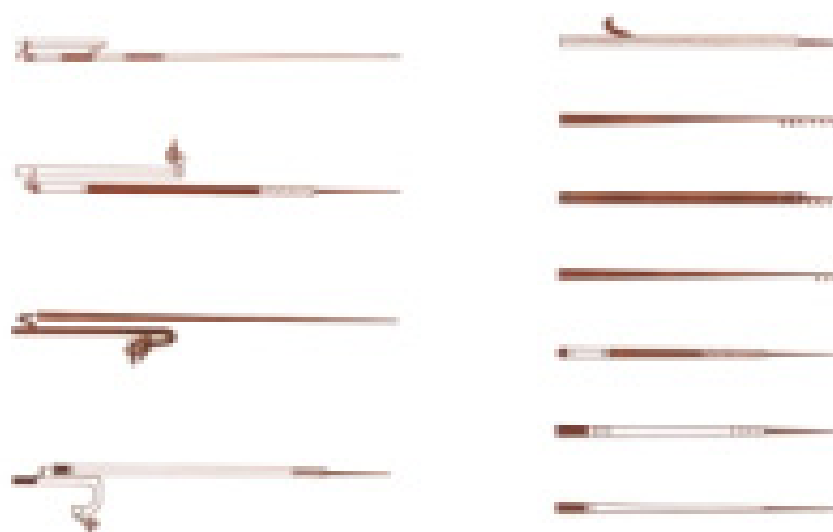


Fig. No. 241 a y b.- Varios tipos de estólicas con sus respectivos dardos.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

cuerpo propiamente dicho, la espiga o diente de escape y el mango.

El cuerpo propiamente dicho, hecho de madera de algarrobo u otra madera resistente, adopta la forma cilíndrica o cuadrangular. Algunas estólicas del Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera arrojan las siguientes mediciones:

- a) Estólica incompleta con 0,71 m de longitud y 0,016 m de grosor;
- b) Estólica incompleta con 0,70 m de longitud y 0,022 m de grosor; y
- c) Estólica incompleta, como las anteriores, con 0,681 m de longitud y 0,018 m de grosor por término medio.

La espiga o diente de escape se colocaba inclinada en un extremo del cuerpo del arma, de cobre, plata u oro. Servía para sostener la base del dardo que se arrojaba con esta arma, como se verá más adelante al tratar sobre su manejo.

El mango se disponía en el extremo contrario a la espiga y en sentido opuesto. Su colocación en la forma

descrita obedecía al hecho de permitir el sostén de la mano para impulsar el dardo sin que la propia estólica saliera disparada. Esta pieza era la que tenía mayor importancia, y de su forma usual sencilla se derivó una variedad infinita: ora era el cuerpo de un ave, ora el de un animal, ora el de un ser humano, etcétera. Se le hacía de hueso y acaso de metal en algunos casos. Para sujetarla al cuerpo se empleaba la amarra.

La figura No. 242 nos muestra una lujosa estólica. Su cuerpo está hecho de madera de algarrobo, de sección cilíndrica con 0,665 m de longitud, que a su vez está forrado en oro en una extensión de 0,652 m. La espiga es también de oro y está soldada por medio de una plaqueta rectangular a la cubierta áurea del cuerpo, con 0,02 m y 0,005 m de longitud y grosor respectivamente. El mango está hecho de la misma madera y adornado con una escena escultórica que también lleva cobertura de oro. La escena representa a un cóndor devorando a un hombre. Un meticuloso trabajo de repujado ha resaltado las formas de los seres aludidos.



Fig. No. 242.- Detalle de lujosa estólica con representación de cóndor devorando a un hombre (Fig. No. 166 del Tomo II). Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera. Fotografía de Carlos Rojas.

Dardos para la estólica

Estas saetas eran de longitud regular. Un largo bastón de forma cilíndrico-cónica, uno de cuyos extremos termina en punta afilada, formaba el cuerpo del arma. En esta punta se acoplaba otra de cobre que estaba provista de su correspondiente regatón y asegurada con amarras ya enrolladas, que daba vueltas sucesivas y formaba franjas, o bien cruzadas a manera de cocos o siguiendo la trayectoria helicoidal. Del lado ancho del extremo se sujetaba la espiga de la estólica para ser lanzada. Por este sencillo instrumento se llegará también a comprender que los antiguos mochicas sabían muy bien de la influencia que ejerce el peso colocado en la punta del dardo, que imprime a éste una mayor efectividad y permitía, pues, que siempre cayera de punta. Las distancias que recorría el dardo una vez arrojado dependían de la capacidad física del soldado o cazador. Algunos de estos dardos llevaban un travesaño que les servía de tope o para medir la profundidad de la herida. En los dardos se han estampado también toques de índole decorativa.

Los dardos de uso individual se diferenciaban de los anteriores únicamente por su mayor tamaño y peso. Eran una especie de grandes jabalinas, cuyo empleo se hacía tal vez en casos que requerían mayor rapidez en el ataque. Tenían el mismo dispositivo de los ya descritos.

Ahora veamos cómo se utilizaba la estólica. Su uso era muy fácil, pero se requería gran práctica para conseguir que los dardos recorrieran la mayor distancia posible. La espiga se acondicionaba fuertemente en el mango. En estas condiciones el arma quedaba preparada. Para arrojar los dardos, se colocaban en la forma ya dicha y se retiraba el arma hacia atrás para tomar impulso y luego, empleando un movimiento de traslación con dos o más pasos, se lanzaba el dardo, soltando el dedo que lo sujetaba y dejando que saliera por el impulso de la espiga. Arrojado el dardo, volvía el arma a estar en condiciones de ser cargada, y así, sucesivamente, se iba atacando. La destreza se conseguía, como repetimos, después de una gran práctica. Los guerreros, por lo dicho, tuvieron que someterse a ejercicios continuados en tiempo de paz; cumplían así un período de adiestramiento en el manejo de las armas.

Lanzas

Los ejércitos mochicas utilizaron también en los combates lanzas de gran tamaño. Las lanzas de madera, forradas con láminas metálicas, son dignas de mención especial en este estudio. Sus dimensiones varían un tanto. En la figura No. 243 aparecen cuatro de estas armas, que han sido tomadas como ejemplos en nuestra investigación y que describimos a continuación.

a) Lanza de 2,09 m de longitud con corona lobular de 0,046 m de diámetro mínimo. El extremo opuesto tiene 0,02 m de diámetro y sirvió para ser insertado en el regatón cilíndrico de la punta sólida de cobre. Esta arma de madera de algarrobo tiene la corona unida con otra clase de madera y está forrada íntegramente con una lámina de cobre, cuyas juntas y desgarraduras han sido fijadas por medio de grapas del mismo metal. Las láminas no tienen un espesor uniforme: varían de 1/8 a 1/4 de milímetro. Cuando fueron usadas estas armas, las láminas se ofrecían bruñidas y refulgentes, lo que causaba impresión en el conjunto. Para forrar la lanza que describimos se han empleado seis cuerpos de láminas, además de las dos pequeñas de la corona.

b) Lanza de 2,17 m de longitud de madera de algarrobo en una sola pieza. Difiere de la anterior porque no está forrada íntegramente con láminas cúpricas, y tiene, en cambio, anillos de cobre de 0,03 m de ancho, distribuidos en todo el cuerpo de la lanza. También la corona está forrada con láminas metálicas en dos piezas, el casquete y el tubo, que abarcan una extensión de 0,12 m. En el extremo opuesto a la corona se halla inserta la punta de factura sólida, de cobre, de 13 cm de longitud, y en el borde del regatón cilíndrico aparecen restos de un original trenzado de hilo. Es indudable que sostuvo alguna decoración plumaria o textil.

c) Lanza de 2,35 m de largo, forrada íntegramente con láminas de cobre. La punta, con 0,455 m de longitud y bien afilada. Las juntas de las láminas han sido aseguradas igualmente con grapas.

d) Lanza de 2,13 m de longitud, también forrada íntegramente con láminas de cobre y con una punta metálica de 0,26 m de largo. La manufactura y el revestimiento son similares a los de la anterior.

Las características de las cuatro puntas de lanzas (Fig. No. 243) que hemos seleccionado para nuestro estudio, de las muchas que existen en el Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera, son:

a) Punta de cobre de 0,502 m de largo y 0,031 m de abertura para la inserción del cuerpo de la lanza;

b) Punta de cobre de 0,417 m de largo y 0,031 m de abertura;

c) Punta de cobre de 0,45 m de largo y 0,023 m de abertura para la inserción; y

d) Punta de cobre de 0,245 m de largo y 0,027 m en la abertura.



Fig. No. 243.- Puntas metálicas de lanzas o jabalinas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (XSM-006-A4; XSM-006-A5; XSM-006-A10; XSM-006-A11)



Fig. No. 244.- Cuatro tipos de cuchillos ornamentales, de uso común entre los jefes guerreros mochicas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera

Cuchillos

Fueron las armas de mayor importancia entre las cortantes. Se les usó en las luchas de cuerpo a cuerpo y en las tareas de descuartizamiento de los enemigos.

Los cuchillos ornamentales se estudian en esta parte porque pueden considerarse como una derivación de los anteriores. En general, son de forma trapezoidal (Fig. No. 244). La parte afilada es casi semicircular, y la opuesta, a manera de adorno, tiene concavidades con bolitas percutoras, generalmente pequeñas piedras. Los encontramos continuamente sujetos al cinto y cubriendo las nalgas, como protegiendo esta parte delicada del cuerpo. En algunas esculturas hemos encontrado el mismo tipo de cuchillo ornamental, pero más pequeño

que el anteriormente descrito, yendo a ambos lados de las piernas y cubriendo la parte superior de los muslos y especialmente las ingles.

Las características de los cuchillos que posee el Museo Rafael Larco Herrera, a nuestro cargo, son las siguientes:

- a) Parte superior 0,202 m de ancho y 0,238 m de la inferior; largo 0,32 m, con ocho concavidades;
- b) Parte superior 0,166 m y 0,20 m de la inferior; largo 0,264 m, con ocho concavidades;
- c) Parte superior 0,155 m de ancho y 0,155 de la inferior; largo 0,233 m, con ocho concavidades.
- d) Ancho de la parte superior 0,145 m y 0,13 m de la inferior; largo 0,233 m, con nueve concavidades.
- e) Ancho de la parte superior 0,125 m y 0,10 m de la inferior; largo 0,155 m con ocho concavidades.

Hondas

Tanto las bolsas utilizadas para contener guijarros como los diversos documentos pictográficos nos prueban la existencia de esta arma arrojadiza: la honda (vulgarmente llamada en las serranías peruanas “huaraca”, nombre de origen quechua). En las pictografías se pueden observar estos instrumentos, cuya facilidad de manejo y su factura en extremo sencilla los convirtieron en armas muy estimadas. Su manejo se generalizó y llegó a una verdadera perfección entre los tawantinsuyanos.

Con la presencia de la honda nace la idea y la práctica de la puntería calculada a gran distancia, efectiva a más de cuatrocientos pasos. En nuestros tiempos es admirable ver a los andinos lanzar con sus hondas estriadas amistosas piedras que llegan matemáticamente y con gran violencia al blanco perseguido. En cambio, no nos ha sido posible hallar en las pictografías algo que delate el uso del arco y de la flecha, ni siquiera en las tribus enemigas de los mochicas, que a pesar de su primitivismo, únicamente se las ve blandiendo armas contundentes.

Bolsas para guijarros

También consideramos como parte de los utensilios militares las bolsas destinadas a reunir piedras arrojadizas, hechas unas veces de telas consistentes y otras de mallas, en cuyos tejidos se habían utilizado cuerdas trenzadas de gran resistencia. Para este fin, sin duda, se utilizaban hombres especiales, cuya robusta constitución física les permitía cargar un gran número de piedras y arrojarlas con facilidad contra el enemigo. Las piedras, como se sabe, fueron las primeras armas que el hombre empleó para su defensa contra los animales salvajes y contra sus mismos semejantes.

Escudos

Estas armas defensivas se ofrecen en manos de los guerreros, donde adoptan formas circulares, rectangulares, cuadradas u ovoides, y han constituido el renglón más importante de los menesteres guerreros.

Con ellas se paraban los golpes de las mazas o porras y se defendía el cuerpo de las incrustaciones o contusiones que podrían producir las armas arrojadizas. Es indudable que fueron hechos de maderas resistentes o acaso de láminas de metal. Dentro de la plástica aparecen como si la materia prima utilizada en ellos hubiera sido madera muy consistente y de gran grosor. La superficie exterior de los escudos estaba adornada con variedad de dibujos y figuras, grabadas o en relieve, que ofrecían incrustaciones de turquesa y otras piedras finas, adornos que delataban el gusto artístico y la jerarquía militar de quienes llevaban tales armas. En la cara interior estaban dotados del asa que servía para sujetarlos. No tenemos documento alguno que nos pruebe el empleo del cuero de lobo en estas armas, como sucedió en otras oportunidades en las primitivas culturas, particularmente en las europeas (Fig. No. 245).

Cascos

Sólidos, gruesos, posiblemente acolchados por dentro, eran los cascos con que se tocaban la cabeza los guerreros mochicas. Su forma era cónica y su objeto debilitar los golpes de maza del enemigo.

Además del casco que hemos descrito, los guerreros llevaban un peto de metal debidamente acolchado para evitar que el roce con el cuerpo produjera lesiones. Algunos petos, como hemos podido observar, estaban formados de planchuelas de plata o de cobre, y los destinados a los grandes jefes llevan en su superficie, como adorno, lentejuelas de oro o placas repujadas de este mismo metal, ornamentadas con dibujos geométricos o de carácter religioso. De esta guisa quedaba perfectamente resguardado el tórax y parte del abdomen del combatiente.

Disponían, además, entre sus instrumentos de guerra, de caracoles –hermosas conchas en espiral sopladas por los guerreros–, que con su eco de extraordinaria sonoridad imprimían sus luchas de majestad y patetismo, y enardecían a los combatientes con sus toques y señales de guerra (Figs. Nos 246 y 247). Las bandas de música militares estaban integradas por tocadores de quena y de tambor, como aparecen en una pictografía en el capítulo dedicado a la danza y la música.

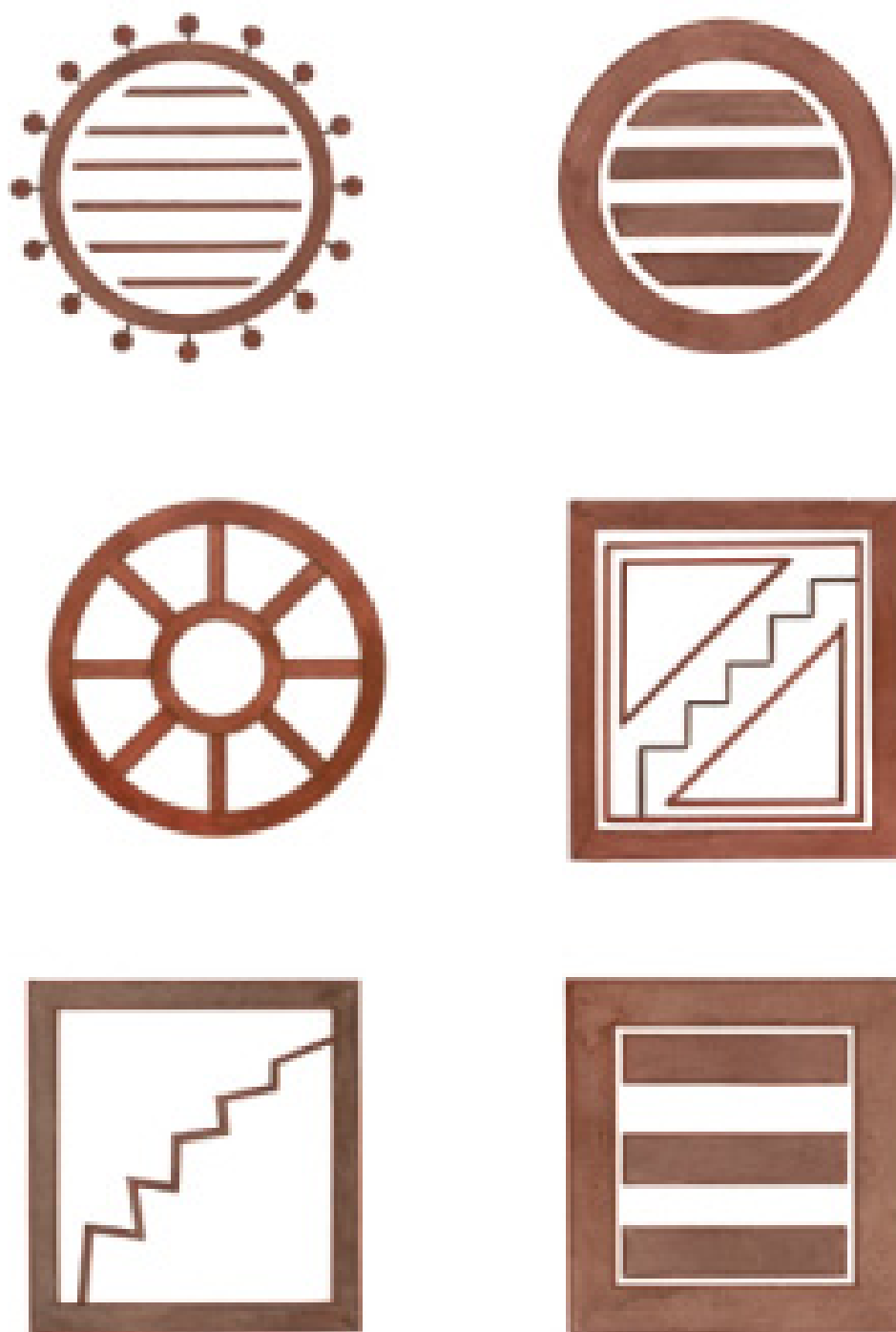


Fig. No. 245.- Diferentes tipos de escudos utilizados por los guerreros mochicas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera



Figs. Nos. 246 y 247.- Strombo, trompeta guerrera utilizada por los ejércitos mochicas, y trompeta militar.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (064-009-004 y 063-004-004)